

le compararon, y habia entre él y Caton una diferencia, la de que este espiraba por un recuerdo y una tradicion de lo pasado y aquel por un ideal y por una esperanza de lo porvenir.

Bien pronto fueron vengados. Los dos mártires no hicieron mas que orar en el día de su desolacion y de su muerte, y como si hubieran maldecido, á guisa de los antiguos profetas, suscitaron tras de sí un guerrero, el cual tenia mucho del genio exterminador de los Alaricos y de los Atilas. El horror difundido por la traicion hecha á los revolucionarios, la pena causada por su horrendo martirio, la cólera nacional de la infeliz Bohemia se reunieron en un solo hombre, que se llamaba Juan de Ziska. La guerra lo engendró y lo devoró la guerra. Bajo una de aquellas encinas ahumadas por el fuego de los sacrificios, y cuyas hojas destilaban humana sangre, nació como los guerreros bárbaros engendrados en los carros de guerra, y espiró entre las ráfagas de huracanes cargados de lágrimas y sangre como los dioses de la mitología escandinava que presiden al saqueo, al incendio, á la violacion, á la matanza, al exterminio. Puede decirse sin exageracion poética y sin hipóbole oriental que las ciudades temblaban sobre sus cimientos cuando oian su nombre amenazador y que despues de muerto su piel arrancada á la carne y á los huesos, curtida como la piel de un tigre y puesta en un tambor, despierta casi á los que han perecido por la patria en los campos de batalla é infunde en los que todavía pelean el delirio de la venganza. Tuerto como Aníbal y como Sertorio desde sus primeros años, una astilla arrancada á los árboles por una bala de cañon le deja ciego. Y sumergido en las tinieblas eternas como si tuviera dentro de sí mismo su patria grabada ó esculpida, anda por todas partes sin guia, y parece ver al siniestro resplandor de sus pasiones. Cuando aparecia aquel ejército compuesto de campesinos con cuchillos y con hoces, apenas se adivinaba que hubiera de vencer á los mayores capitanes, que hubiera de rendir las mas inexpugnables ciudades, que hubiera de ganar batallas sin cuento, que hubiera de caer como la tromba, y como el huracan ó como la peste sobre las tierras enemigas, que hubiera de castigar el mas espantoso de los crímenes con la mas espantosa de las venganzas. Ziska se asemeja en su guerra con los católicos al caballo y al caballero del Apocalipsis que anuncia sonando la trompeta del Juicio Final, la hora de



le compararon, y había entre él y Catón una diferencia, la de que este aspira a un recuerdo y una tradición de lo pasado y aquel por un ideal y una esperanza de lo porvenir.

Bien pronto fueron vengados. Los dos mártires no hicieron más que en el día de su desolacion y de su muerte, y como si hubieran querido a guisa de los antiguos profetas, suscitaron tras de sí un guerrero, el espíritu del genio exterminador de los Alanos y de los Atilas. En retribucion por la traicion hecha á los revolucionarios, la pena causada por el martirio, la cólera nacional de la infeliz Bohemia se reanimó en un solo hombre, que se llamaba Juan de Ziska. La guerra lo engendró, lo devoró la guerra. Bajo una de aquellas encinas ahumadas por el fuego de los sacrificios, y cuyas hojas destilaban humante sangre, nació entre los guerreros barbaros engendrados en los carros de guerra, y espiró entre las ráfagas de huracanes cargados de lágrimas y sangre como los dioses de la mitología escandinava que presiden al saqueo, al incendio, á la destrucion, á la matanza, al exterminio. Puede decirse sin exageracion poética y sin el pérbolo oriental que las ciudades temblaban sobre sus cimientos cuando su nombre amenazador y que despues de muerto su piel arrancada á la guerra y á los huesos, curtida como la piel de un tigre y puesta en un tambor, resaca pierta casi á los que han perecido por la patria en los campos de batalla, e infunde en los que todavía pelean el delirio de la venganza. Tuerto como Anibal y como Sertorio desde sus primeros años, una astilla arrancada á los árboles por una bala de cañon le deja ciego. Y sumergido en las tinieblas eternas como si tuviera dentro de sí mismo su patria grabada ó esculpida, anda por todas partes sin gata, y parece ver al siniestro resplandor de las pasiones. Cuando aparecia al ejército compuesto de campesinos con sus flecos y con bozcos, apenas se movian que hubiera de vencer á los mejores capitanes, que habia de rendir las mas insignificables ciudades, que habia de ganar batallas sin cuento, que habia de ser como la tromba, y como el huracau ó como la peste sobre las tierras enemigas, que hubiera de ser el mas espantoso de los crímenes y el mas espantoso de las venganzas. Ziska se asemeja en su guerra con los caídos al caballo y al caballero del Apocalipsis que anuncia sonando la trompeta del Juicio Final, la hora de



JERÓNIMO DE FRAGA MARCHANDO AL SUFLICIO

las revoluciones venidas providencialmente á castigar la terrible ceguera de los poderes protervos. Caso digno de observacion. Entre el primero de los herejes que subsigue á Cristo, llamado Simon el Mago, y el último que precede á Lutero, llamado Juan de Ziska, apenas se interrumpe ni en un solo punto la línea de la herejía. Entremos, pues, de lleno en la revolucion religiosa.